
CAPÍTULO VIII.

Donde verá el lector claramente por los ojos de un ciego.

A los veinte y tres años contrajo Juana su primer matrimonio, y debo decirlo en honor de sus singulares atractivos: si no se casó ántes fué porque no quiso; pues si bien no llegó nunca á ser un portento de belleza, tuvo siempre bastante maña para infundir en los hombres dispuestos á casarse, la idea de que ella era la mujer que necesitaban.

No se le habian conocido ninguno de esos devaneos en que las mujeres suelen malgastar los tesoros de su corazon, abandonándose á las disipaciones inocentes y alguna vez peligrosas, que traen consigo las inconstancias de los primeros años de la juventud; y aunque no faltaban lenguas envidiosas que

dejaban entender *si tuvo ó si no tuvo, si fué ó si vino*; semejantes rumores no pudieron nunca precisarse, y fuera de un rico *pañolon* de Manila que Juana lució muchas tardes de fiesta, ya en Chamberí, ya en la Virgen del Puerto, ya en San Antonio de la Florida, que lo estrenó el mismo día de San Isidro, y cuyo origen fué siempre ignorado, nada se averiguó ni nada se dijo que sirviera de fundamento formal á tan vagas acusaciones.

Ella por su parte, haciéndose superior á la maledicencia, no intentó nunca aclarar el misterio de aquel pañuelo inexplicable, que estaba realmente fuera del alcance de su fortuna, y que habia despertado la envidia de sus amigas.

Nunca tuvo lo que en el lenguaje de los galanteos más ó ménos superficiales se llama un amante; á lo ménos no se supo, pero en cambio se vió rodeada de muchos pretendientes.

Juana, decian, es una muchacha capaz de sacar agua de una piedra.

Juana es una hormiga para su casa.

Juana es mujer que va siempre al grano.

Con Juana no se morirá nadie de hambre.

Con tan buenos antecedentes se veia á la vez pretendida por unos y por otros, es decir, por los más aficionados á pasar el día en la taberna, y por los que habian consagrado más asiduamente su vida á la honrosa tarea del trabajo.

Los primeros, porque con una mujer como Juana tendrían siempre la camisa limpia, la cama hecha, la mesa puesta y la taberna abierta, y los segundos, porque en las manos de Juana se doblaría el jornal y se harían ahorros insensibles para el caso de una enfermedad ó de otra desgracia semejante.

Los unos buscaban á una mujer á quien decirle: «Dame.»

Los otros buscaban á una mujer á quien decirle: «Toma.»

Entre estos últimos eligió Juana, entregando su mano medianamente blanca á un ebanista hábil, trabajador, de buena madera, capaz de hacer una moldura en el filo de una espada en ménos tiempo del que se dice.

Los primeros años de este matrimonio

fueron felices..... No digamos que reventaban de felicidad, pero, vamos, vivían tranquilos; él trabajando como un negro y ella administrando el jornal que el ebanista ponía todas las semanas en sus manos, donde desaparecía íntegro como si cayera en un bolsillo sin fondo.

A los dos años tuvieron un hijo; podía creerse que la naturaleza indecisa había necesitado todo ese tiempo para decidirse á aumentar la familia.

El ebanista saltaba de gozo; sentía todo el regocijo que inspira la idea de ser padre, y además cierta satisfacción íntima nacida de una duda que veía desvanecida, porque el pobre marido, dominado por Juana, sometido al carácter inflexible de su mujer, había llegado á pensar algunas veces si él no sería hombre.

Tan fausto suceso infundió en su ánimo una centella de vigor varonil, y acercándose á la cama de la madre y oprimiendo tímidamente con un dedo la mejilla del niño, exclamó con aire triunfante:

—Ya estamos dos hombres en la casa.

—Sí, contestó Juana con viveza; ya somos tres.

Aquí el lector preguntará: Todo eso está muy bien; pero ¿quién es Juana?

Juana es, digámoslo así, la madre de la vecina.

Observaba el ebanista con secreta atención la rigurosa economía que reinaba en su casa, y echando las cuentas más galanas que se han echado en el mundo, se guiñaba el ojo á sí mismo, se restregaba las manos y decía:

—¡Qué *bucha* tendrá!

Sin embargo, no se atrevía á ir de frente en sus averiguaciones, y semejante al que busca un tesoro escondido en las entrañas de la tierra, hacia *catas* inútiles, golpeando aquí y allí, más acá y más allá, sin obtener indicio alguno, porque Juana eludía las preguntas con respuestas evasivas, como elude las repetidas vueltas de la llave el pestillo tenaz de una puerta empeñada en no abrirse.

Decía el ebanista:

—Hay poco trabajo..... el taller va mal.

Juana contestaba:

—¿Sí? pues estamos frescos.

—Ya se ve, añadía el marido, el dinero se esconde.

—No lo creas, replicaba la mujer; el amor y el dinero no pueden estar ocultos..... Cuando no hay, es que no hay.

Otras veces la conversacion variaba de rumbo, y el ebanista echaba de nuevo la sonda de su curiosidad en el abismo de su mujer, diciendo:

—Si yo trabajára de mi cuenta, ganaria doble.

—¡Doble!..... exclamaba Juana. Sí, sí; trabaja de tu cuenta.

—Ya, replicaba el marido; para eso tendria que abrir un taller.

—Toma, contestaba ella..... pues ábrelo.

—Si no fuera más que abrirlo, ya estaria abierto..... pero..... figúrate..... no se abre un taller sin dinero.

—¿Y cuánto necesitarías para abrir tu taller?.....

Esta pregunta de Juana sonó á hueco en los oidos del ebanista, como suena la pared, dentro de la cual está escondido el tesoro.

—Necesitaria, contestó..... seis mil reales.

—¡Seis mil reales!..... exclamó Juana. ¡Qué barbaridad!

El pobre hombre insistia diciendo:

—Tal vez para empezar no necesite tanto..... Puede ser que con tres mil reales tuviera bastante.

—Tres mil reales para empezar, decia ella; sí..... ganando doble ya era otra cosa..... pero mira tú..... si el trabajo falta.....

—No, replicaba él..... no faltaria.

—En ese caso.....

—Que.....

—En ese caso podriamos hacer un esfuerzo.

—¡Cómo!.....

—Nunca faltan recursos.

—¿Tienes tú alguno?

—Puede ser.

—Ya sabía yo que tú tendrias recursos.

—¿Por qué?

—Porque tú sabes mucho.

—En el mundo es preciso saber algo.

—Vamos; ¿con qué recursos podemos contar?

Esta pregunta la hacia el ebanista con la

voz temblorosa; era el último golpe asestado contra la última capa de piedra que oculta el tesoro..... La pared iba al fin á abrirse..... ya no quedaba más que contar el dinero.

Juana contestó:

—Recursos..... yo tengo uno.

—Veamos, dijo el marido, con la ansiedad del que ve el cielo abierto.

Su mujer lo miró fijamente diciéndole:

—El trabajo es dinero; tú trabajas bien, y tres mil reales los tiene cualquiera.

—¡Cualquiera!..... exclamó el ebanista.

—Cualquiera, replicó Juana; es decir, cualquiera que los tenga.

—Pero bien; ¿qué harémos nosotros con tres mil reales que tenga cualquiera?

—¿Qué harémos?..... es muy sencillo; pedirselos, y si nos los da, tenerlos; y teniendo los, abrir el taller y ganar doble.

El ebanista se quedó frío como la nieve y en mucho tiempo no volvió á hablar del asunto.

Pero él debía tener algunos ahorros. Todos sus compañeros de taller que veían la

pobreza de sus vestidos y la sobriedad de sus comidas, que sabían lo mucho que trabajaba, lo hacían rico..... Tan hombre de bien, con tan buenas manos y con una mujer tan económica, debía estar nadando en oro.

Él mismo llegaba á persuadirse de ello.

Un día se decidió al fin á tomar una resolución enérgica. Sentía que su mano no empujaba ya con la misma seguridad y con la misma fuerza que ántes el escoplo, que temblaba entre sus dedos; notaba que su vista, cansada de seguir de día y de noche las líneas de los dibujos trazados sobre la madera, empezaba á faltarle, y conocía que sus obras no sacaban ya aquella pureza, aquella finura, aquella suavidad y aquella gracia que habían hecho célebre entre la gente del oficio su genio de tallista; y ántes de hacer el último esfuerzo para asegurarse contra ciertas eventualidades que presentía, deseaba saber si Juana, anticipándose á estos mismos temores, le ocultaba el secreto de su pequeño tesoro, creyendo que así lo tendría mejor guardado.

Quería saber esto para trabajar más si no había nada, ó trabajar ménos si había algo; de todos modos, para quitarse la vida bajando en más ó en ménos tiempo.

Con algunos ahorros no tenía necesidad de matarse; pondría un taller y su vida sería más descansada; pero no teniendo más que el jornal de su trabajo, era preciso redoblar los esfuerzos, aprovechar la salud, la habilidad y la vista que aún le quedaban, para ganar en poco tiempo tanto tiempo perdido..... El infeliz tenía un hijo y no quería dejarlo completamente en la miseria.

Dos veces probó á sondear por última vez aquel misterio, y las dos veces aplazó para ocasion más oportuna su tentativa, so pretexto de que era preciso coger á Juana en un momento á propósito, y Juana, que era una mujer muy seria, estaba aquellos días más seria que nunca. Se le ocurrió la idea de alegrarla haciéndole beber lo absolutamente preciso para que se le escapára el secreto; pero tuvo que renunciar á esta idea, porque aquellas manos de oro no disponian ni de un cuarto.

Al fin se atrevió, y con la cara más dulce del mundo, dando á sus palabras el tono de la más completa indiferencia, se acercó á su mujer y le dijo:

—Dime, Juana, ¿sabes qué día es el lunes que viene?

—Lunes, contestó ella.

—Sí; pero quiero decir que si sabes qué santo es el lunes.

—Sí, dijo la mujer reflexionando; debe ser el día del santo de nuestro hijo.

—Ajaja; eso mismo. ¿Y sabes tú que yo quisiera echar en ese día la casa por la ventana?

Juana se encogió de hombros y él añadió:

—Vamos á ver; ¿no tenemos por ahí algunos ahorrillos?

La mujer soltó una carcajada visiblemente fingida, que desconcertó al ebanista, y despues con voz lastimera dijo:

—¡Ahorros!..... ¡ahorros!..... Da gracias á Dios de que no tengamos deudas..... hijo mio, el dinero se gasta más fácilmente que se gana..... yo no puedo hacer milagros.

Desde aquel día el ebanista se encerró en el trabajo, entregándose á él con verdadera furia de día y de noche, durmiendo poco, comiendo ménos y no hablando nada; las limas y los escoplos se cansaban ántes que sus manos; trabajaba con pasión, con delirio; había algo de frenético en aquella ánsia de trabajar; tenía la tenaz actividad, la fuerza y la resistencia de un loco. Toda su voluntad se reunía en esta palabra: trabajar; su carácter débil, su condición dulce y apacible era inflexible para el trabajo; delante del banco, inclinado sobre la prensa que sujetaba la madera que había de surcar el escoplo, desplegaba una energía indómita; aquel pobre hombre era un héroe.

Enflaquecía, se demacraba, sus mejillas se hundían, y el cuerpo, alentado por la voluntad, empezó al fin á rendirse bajo el peso continuo de aquella fatiga sin descanso, y sus ojos se apagaban poco á poco como un día que se acaba; pero seguía trabajando medio á oscuras, casi á tientas, iluminando, digámoslo así, con la finura del tacto la oscuridad de las sombras que empezaban á ten-

derse delante de sus ojos; los dedos adivinaban los contornos de las molduras que su vista no alcanzaba á distinguir, ellos le descubrían lo que las tinieblas de los ojos le ocultaban.

Una mañana se despertó después de tres horas de sueño..... La primera luz del día penetraba al través de las junturas de las ventanas, y el ebanista abrió los ojos apresuradamente; creía que había dormido demasiado, y se sentó en la cama movido por el resorte de su incansable actividad, pero no vio más que tinieblas, y dijo con alegría:

—Hola..... aún no ha amanecido.

Juana, que estaba también despierta, oyó estas palabras, y desperezándose como el que sale de las dulzuras de un sueño profundo, replicó diciendo:

—Lo ménos hace media hora que es de día.

—¡De día!..... exclamó su marido..... no es posible.

—¿Pues no ves la luz que entra por las junturas de las maderas y por debajo de la puerta?

—No veo nada, contestó el ebanista con voz sorda.

—Estarás medio dormido y tendrás telarañas en los ojos: acaba de despertarte.

Y añadiendo la acción á las palabras asió el brazo de su marido y lo sacudió violentamente.

—Te digo, repitió él, que no veo ni rastro de luz.

Entonces saltó Juana de la cama, se acercó á la ventana y la abrió de par en par.

En el momento mismo se inundó la habitación con los resplandores de la mañana, llenando el aire de reflejos azules, blancos y rojos, cuya claridad anunciaba que el sol, brillante como una antorcha, estaba á punto de salir del seno sonrosado de la aurora.

—Vamos, dijo la mujer. ¿Es de día ó no es de día?

El ebanista dobló la cabeza sobre el pecho por toda respuesta, dejando oír el ahogado murmullo de un profundo sollozo.

Juana se acercó á él, lo sacudió de nuevo y le dijo:

—Vamos, contesta: ¿es de día ó no es de día?

Los ojos del ebanista, desmesuradamente abiertos, empañados y sin mirada, buscaban la luz inútilmente. Sólo distinguían una sombra blanca como una nube vaga, indecisa, que llenándolo todo, todo desaparecía debajo de ella.

—¡Qué es esto!..... gritó la mujer acercando su rostro á la cara del marido para ver mejor la expresión fría de aquellos ojos muertos.

Él levantó la mano, tropezó con la cabeza de su mujer, la rechazó suavemente, y dijo:

—Nada; no es nada.

Dos lágrimas enormes aparecieron en sus párpados, vacilaron un instante, y desprendiéndose al fin, descendieron lentamente por los surcos de sus mejillas.

El infeliz estaba ciego.

Juana tuvo al fin que persuadirse de que los ojos de su marido, apagados para siempre, no volverían á ver más la luz del día; mas no se desesperó; su pena se exhalaba en

una sola frase continuamente repetida, y que venía á ser como el único grito de su sentimiento, como el único suspiro de su corazón.

Ella decia :

—¡Qué lástima..... qué lástima..... ahora que ganaba doble!.....

Algunas veces el pobre ciego, sentado al pié de la ventana para sentir los rayos del sol, ya que no podía verlos, sujetaba entre las rodillas á su hijo, que ya habia cumplido seis años, y lo palpaba, deteniendo los dedos sobre sus hombros, sobre su cabeza, sobre su rostro, como si quisiera contemplarlo con las manos.

El muchacho, por una crueldad de la inocencia ó por la perversidad de su instinto, huía de su padre; y cuando lograba escaparse de aquellas tiernas contemplaciones, contestaba á las dulces palabras del infortunado ciego con guiños horribles y con gestos soeces.

Desde que sus ojos se oscurecieron por completo, el infeliz ebanista habia perdido dentro de su misma casa hasta el nombre de

marido y el nombre de padre; porque desde aquel momento, Juana lo bautizó con el nombre de tan cruel desgracia, y la madre y el hijo lo nombraban del mismo modo; ambos le llamaban *el ciego*.

Más de una vez llegaron á su olfato, afinado por la oscuridad de sus ojos, perfumes agradables, despertadores del apetito, que sin duda alguna, escapados de la cocina, venían á ofrecerle para la hora de la comida ó de la cena algun plato extraordinario; pero ese plato no llegó nunca ni á sus manos ni á su boca; su alimento diario hubiera sido siempre el mismo, si el infeliz no advirtiera que cada vez iba siendo más escaso y más pobre.

El pan duro era para el ciego, los huesos para el ciego; lo que no servía para los demás servía muy bien para el ciego. Y no tenía motivo en que fundar ninguna queja. No trabajaba, nada poseía, nada adquiría, y sea como quiera, Juana, al fin y al cabo, con los trabajos del mundo, acudía á las necesidades de la casa: pan, aunque duro, no le habia faltado todavía..... Vamos, el pobre

ciego vivía como un príncipe. Aunque ciego de los dos ojos, bien podía resignarse á su desgracia, llorando con uno solo..... llorar con un ojo no es más que llorar á medias.

Para mayor comodidad del ebanista, dispuso Juana que comiera aparte y en un rincón de la casa, sirviéndole de mesa sus propias rodillas; con una cuchara de palo tomaba el alimento preciso, el alimento sin el que la vida material, la vida animal, ciega como un bruto, se negaría á mantenernos sobre la tierra.

La vida que se pierde en un sentido, suele repartirse entre los demás sentidos, y si el sentido que se pierde es el de la vista, entónces crece visiblemente el olfato, el tacto y el oído. El paladar no tiene parte en este reparto, porque es el sentido más grosero de todos los sentidos, y digan lo que quieran los gastrónomos, es la hez de los sentidos, porque el estómago no tiene dignidad: el placer de la mesa es el último placer de las sociedades corrompidas.

El ciego comía lo que le daban, pero oía

más de lo que su mujer hubiera querido que oyese.

Solía oír desde el rincón en que habitualmente pasaba las oscuras horas de su vida, como el murmullo de una conversacion, cuyas palabras ahogadas no podía distinguir..... Solía oír algo parecido al silbido que produce una tela de seda que se dobla ó se desdobra, y otras veces sonaban en sus oídos golpes repentinos, como de estuches que se cierran; en fin, percibía otras veces ruidos sonoros medio ahogados, parecidos al que resulta cuando un duro cae sobre otro duro.

Al través de todo esto, el pobre ciego creía ver algo; pero, no obstante la bondad de su corazón, más ciega que sus ojos, subía inmediatamente á su cabeza y le hacía decir con voz comprimida:

—No, no; no es posible.

Así pasaron muchos días, en los que el marido y la mujer pensaban absolutamente lo mismo.

Él se preguntaba en su pensamiento:

—¿Qué haría yo para ayudar á la pobre Juana?

Y la pobre Juana se devanaba los sesos deseando averiguar cómo el ciego podría á lo ménos ganarse la vida.

Él decía:

—Si supiera tocar algun instrumento, *cencerrear* siquiera alguna mala guitarra. Si supiera cantar.....

Y su corazon triste, profundamente triste, se despedazaba considerando que la suerte lo privaba hasta del último recurso, del recurso que los más desgraciados suelen encontrar en la industria de la alegría.

Por su parte, Juana buscaba un manubrio, al cual pudiera el ciego asirse y mover en vueltas incesantes doce horas diarias por una peseta ó por tres reales..... por dos reales si quiera.

Ya sabemos que aquella ceguera tardía, sorprendiendo sus ojos, lo habia dejado á un mismo tiempo sin luz y sin tino, y no podia correr por las calles como los ciegos desde la infancia, pregonando periódicos ó vendiendo fósforos..... La buena mujer, abandonándose á la ternura positiva de su corazon, sentia..... que, dada la desgracia, no hubiera cegado su

marido poco despues de nacer. A lo ménos, pensaba, sería un ciego á quien no vendria cuesta arriba andar solo por las calles; esto es, un ciego á quien maldita la falta que le haria la vista.

Pero esta mujer no cedia fácilmente en sus empeños, y al fin dió en el clavo.

Colocó una silla junto á su marido, se sentó, y suspirando le dijo:

—Hijo mio..... ¡cómo te consumes!.....

El ciego suspiró á su vez, diciendo:

—Juana, sí que me consumo.

—Nuestra desgracia es muy grande, añadió ella, y él repitió:

—Muy grande, Juana, muy grande.

—Y el caso es, dijo ella, que todas las puertas se van cerrando.

—Dios, exclamó el ciego, con la firme resignacion de las almas santas; Dios no cierra nunca todas las puertas.

—Las del cielo, bien, replicó Juana; pero las de la tierra.....

—La Providencia, replicó él, no abandona nunca á los desgraciados.

—¿Quién te lo ha dicho? preguntó ella.

—La fe, le contestó su marido.

—¿De modo, que esperas?

—Sí; tengo esperanza.

—¿Esperanza en qué?

—¿En qué?..... en la caridad.

—No te entiendo, dijo Juana.

—Digo, exclamó el ciego levantándose, que pediré limosna.

Si buscaba eso la mujer del ciego, preciso es confesarlo, el ciego la vió venir.

Al día siguiente, junto á la escalinata de piedra sobre que descansa el pórtico de la iglesia del Cármen en la calle de Alcalá, habia una silla, sentado en ella un ciego tendia su mano, tan inmóvil como sus ojos, pidiendo con muda humildad una santa limosna á los apresurados transeuntes. Los que reparaban en la fisonomía á la vez abatida y resignada del pobre ciego, dejaban caer al paso en el hueco de su mano la moneda de la compasion; pero la mayor parte de la gente, abstraída en sus negocios ó deslumbrada por los placeres, pasaba sin verle.....

Sin embargo, recogia limosna, porque en Madrid, donde se encuentran todas las disi-

paciones, no se ha perdido todavía la fe, aún hay esperanza y no falta la caridad.

Juana registraba todas las noches los bolsillos del ciego, diciendo siempre:

—¡Qué poco..... qué poco!

Siempre era poco, á pesar de que la limosna crecia; mas ¿qué caridad podia haber en el mundo bastante rica para saciar la ternura de aquella mujer, que hubiera querido todos los tesoros de la tierra para su pobre marido?.....

Una tarde subia Juana por la calle de Alcalá con su brillante pañuelo de seda á la cabeza y su hermoso *manton* de lana sobre los hombros; llevaba de la mano á su hijo, el cual al distinguir á su padre sentado en la silla con sus pantalones remendados y su capa agujereada, gritó:

—Madre, el ciego.

La madre le tiró del brazo, y bajando al mismo tiempo la voz y la cabeza, le dijo:

—Calla.

Ambos pasaron silenciosos por delante del ebanista, que como si los hubiera visto, los fué siguiendo con el semblante, hasta que